



## CRITICA DE TEATRO

# «Martín Rivas»

La idea de hacer un «Martín Rivas» en el teatro resulta extraordinariamente atractiva. La obra de Blest Gana tiene gran riqueza e importancia, por su calidad narrativa, su visión de la sociedad chilena de mediados del siglo XIX, la carga romántica de sus protagonistas, el color local, los cuadros costumbristas, el perfil de las distintas generaciones y los ideales políticos. Ello constituye un excelente material, tentador y desafiante (ya ensayado por algunos, como es el ejemplo de una miniserie televisiva).

Esta vez la empresa Prodart, con el patrocinio del Ministerio de Educación, se ha aventurado a poner en escena la adaptación al drama de «Martín Rivas», realizada por María Elena Gertner. El traspaso de la narración larga y extendida, como es el caso de la novela, a la comprensión necesaria del drama, contiene —por supuesto— alteraciones del texto original, que en este caso atentan contra muchos elementos esenciales de la obra de Blest Gana. Se ha simplificado la historia a una simple anécdota de provinciano enamorado y revolucionario y a la relación ambigua entre distintos grupos sociales, a ratos sentimental o ideológica. Por cierto ésta no es la historia que Blest Gana nos cuenta en su «Martín Rivas», donde el motivo del provinciano que llega a la capital abre todas las posibilidades narrativas para hacer referencia a todo un modo de vida chileno del siglo pasado. El personaje creado por Blest Gana trae consigo un sistema de valores nuevos basados en la integridad, esfuerzo, trabajo e inteligencia, que se sobreponen al sistema gastado de una aristocracia dominada por el materialismo y la friolidad. Esta evolución que en la novela se va desarrollando coherentemente aparece en esta versión aglutinada en unas cuantas escenas obvias, con lo cual hay apenas esbozos de personajes que no alcanzan ningún rango dramático.

A este texto débilmente enfocado se agrega la dirección poco variada, equívoca y superficial de Nelson Brodt. La primacía del espectáculo, lo posiblemente *taquillero*, marca este montaje, comenzando por la selección de algunas figuras del elenco y, también, por el factor musical. Este último, responsabilidad de Tomás Lefever y Humberto Hermosilla, no hace sino alejar los acontecimientos y las vicisitudes que pretenden transmitir. A través de canciones se quiere penetrar más en el interior de cada personaje. Rotundo error. La música le confiere un tono de *musical* que nada tiene que ver con el resto del montaje y, además, este recurso es muy pobre en todo sentido: melodía, letras e interpretación. Hay escenas en que esto se vuelve difícil de soportar sin un mínimo de sentido del humor y

paciencia para con los actores. Igualmente, resulta contradictorio que habiendo privilegiado de esta manera la parte musical, no se hubiera puesto mayor cuidado en el acompañamiento de música real, y no en off. Un ejemplo de esto es la mímica de la escena *dieciochera*, muy lamentable. Aquí la música del arpa y la guitarra se ve rápidamente frustrada cuando, de repente, las supuestas ejecutantes de estos instrumentos cambian de actividad, mientras se siguen escuchando los compases en *autoplay*.

La actuación es muy dispareja. Hay actores que no mantienen un mismo nivel a lo largo de la obra, hay otros que permanecen como parte de la decoración, especialmente cuando se trata de recrear algún cuadro bien costumbrista de la época. Ahí se intenta realizar una coreografía que muy pronto se transforma en una falsedad total, porque los gestos son repetitivos, rutinarios y sin mayor gracia. Se puede decir que, en general, los actores apenas bosquejan un personaje, cosa que está muy lejos del espíritu de Blest Gana. El papel de Martín, interpretado por Sebastián Dahm, tiene muchas debilidades, es incompleto, falta de expresión y de capacidad para comunicar la riqueza de su personaje. Por su parte, Yani Núñez, como Leonor, se limita a una actitud orgullosa, puramente formal, por lo que su evolución en la obra no es creíble. Del resto de este numeroso grupo destaca la actuación de Isabel Quinteros como Edelmira, por su personaje real y convincente; Claudio Valenzuela en el papel de Amador, especialmente en la primera parte, muestra un personaje bizarro que resalta por su charrería y tontera, bien captadas por el actor.

Es conveniente señalar que también la escenografía realizada por Guillermo Ganga —en principio adecuada— se torna estática para mostrar demasiadas escenas de muy distinta atmósfera, siempre en un mismo espacio. En tanto la iluminación (del mismo Guillermo Ganga) y vestuario de Monserrat Catalá caen en excesos de mal gusto: colores, efectos y diseños de dudosa calidad.

Probablemente este «Martín Rivas» llegue a evocar una antigua lectura a quienes disfrutaron de esta novela tiempo atrás y también signifique un atractivo para quienes estén enseñando o estudiando la narrativa chilena del siglo pasado. Es una lástima que esta representativa e interesante narración —monumento cultural de nuestra historia— haya sido manipulada tan simple y equivocadamente por un proyecto que debió haberse tomado con más responsabilidad educativa y artística.

Carola Oyarzún L.